

sobre su caballo de cascos resonantes, y arroja un grito de guerra. Afrasiab se asombra de su estremada juventud, y pregunta su nombre; le dicen que es un hijo del héroe Zal-zer que viene para adquirir gloria. Afrasiab se arroja á él como á una presa fácil de coger; pero Rustam, pronto como el relámpago, cuelga del arzon su pesada maza, aprieta á su caballo, coge á Afrasiab por la cintura, y lo levanta de la silla: el cuero del cinturón no resiste á su peso, se rompe, y cae Afrasiab en la arena. Sus caballeros le rodean y le montan en un corcel ligero, y se salva, dejando á su ejército sin caudillo.

Entonces el ejército del rey de Persia se agita como la mar en la tormenta, y dispersa á los turanos. Vuelve Afrasiab al lado de su padre, confundido por su pronta derrota, y le aconseja procure la paz, porque no hay nada que resista á Rustam. «Tú sabes dice, que tengo brazo y corazón, fuerza y osadía; pero en su mano no peso tanto como una mosca. El alfoja las riendas de su caballo, y traspasa los torrentes y los precipicios. ¿Qué es en su presencia un río ó una montaña? Tú sabes que ambiciono el poder y la posesión del mundo, pero delante de él mi fuerza se desvanece. Busca los consejos de la sabiduría y haz la paz.» El rey, con los ojos llenos de lágrimas, quedó asombrado de las palabras de Afrasiab; sin embargo, eligió un hombre prudente para enviarlo á Kaikobad, é hizo escribir una carta adornada de dibujos de oro y colores en las márgenes. Kaikobad, clemente y justo, escucha las proposiciones de paz, á pesar del ardor de sus guerreros que quieren aprovecharse de sus ventajas para exterminar á los enemigos. Kaikobad les dijo: «Si el elefante combate á la mosca, falta á la justicia; la cólera de Dios me atraería la desgracia: estemos siempre bajo la protección del dueño del mundo.»

XV.

Terminada de este modo la guerra por el valor de Rustam, el rey, de vuelta á su capital, preparó regalos para Zal-zer y su hijo; colocáronse sobre cinco elefantes literas bordadas de oro y turquesas, y sobre las literas muchas armas incrustadas de oro, y muchos brocados. Escribióles diciendo: «Hubiera querido haceros un presente mayor; pero si mi vida es larga, nada tendréis que desear en el mundo.»

Habiendo devuelto la paz á sus estados, el rey Kaikobad viajó por sus vastas posesiones durante diez años, haciendo en todas partes justicia y misericordia. Decía con frecuencia: «Si alguno es demasiado pobre para disfrutar de la vida, mi trono es su bien, y el bien de todos aquellos que están bajo mi protección.»

En fin, cuando sintió que se le acercaba la muerte, llamó á su hijo Kaus, que debía sucederle, y le habló mucho sobre la justicia y la liberalidad: «Los que se apegan á la vida no tienen sentidos; en cuanto á mí, salgo tal como era cuando llegué del monte Alborz para tomar posesión del trono. Si eres un hombre justo y de intenciones puras, tendrás tu recompensa en el otro mundo; pero si las pasiones te envuelven en sus redes, y si sacas injustamente la espada de la vaina, tu morada será como una llama, y tendrás lleno de amargura el corazón.» — «Dijo, y trocó su palacio por un ataúd.»

XVI.

Quando Kaus sucedió á su padre, y vió tanta clase de tesoros acumulados, y al mundo entero tributario y sujeto á su poder, «el orgullo le hizo abandonar las vías de la justicia.» Ya no pensó mas que en beber y en gozar, y no marchó por las huellas de su padre. Como espíritu débil y lleno de vanidad, se empeñó en las guerras mas injustas y desastrosas; no se aconsejaba de Zal-zer ni de Rustam, y todas las proezas de estos grandes guerreros no servían mas que para reparar las faltas de Kaus y sacarle de la cautividad en que le habian arrojado sus locuras. Pasaba el tiempo en beber y en festejar con músicos y danzantes; gastado por los placeres, procuraba otros nuevos sin cesar. Sucedió que un dia que bebía vino en un bosquecillo de jazmines, le anunciaron un cantor extranjero que pedía hacerse oír. El rey le admitió al momento, pues todo lo que era nuevo le agradaba. Pero este músico era un espía enviado por un rey rival del Mazenderan para sondear la debilidad y la vanidad de Kaus. Era hábil en su arte, cantó con sumo gusto una canción sobre las bellezas del Mazenderan.

«Celebrado sea el Mazenderan mi país. No deja la rosa de florecer en sus jardines, el jacinto y el tulipán cubren sus montañas; suave es el aire allí, y la tierra está pintada de flores. Allí no hace ni frío ni calor, y reina una perpétua primavera.»

«El ruiseñor canta en sus jardines, la cierva recorre sus llanuras; todo está lleno de colores y perfumes; las márgenes de los arroyos sonríen allí todo el año; y se diría que sus ríos llevan agua de rosas.»

«Tanto en invierno como en verano, en primavera como en otoño, la tierra está siempre cubierta de frutos y de flores, y por todas partes están empleados los halcones de caza.»

«Todo el país está adornado de oro, de brocado y de joyeles. Esclavas bellas como ídolos llevan coronas de oro. El que no habite en este país no puede alegrarse de haber cumplido el deseo de su alma.»

El espíritu de Kaus se oscureció al escuchar estas palabras: hasta entonces se había creído el mayor de los monarcas de la tierra. El fastidio y la envidia se apoderaron de su alma, y resolvió conquistar este maravilloso país del Mazenderan.

Quando los gefes del país conocieron el desseo insensato del rey, que iba á precipitarlos en una guerra injusta, enviaron un mensajero sobre un dromedario de viage á Zal-zer y á Rustam. Ellos solos podían tener bastante imperio sobre Kaus para apartarlo de su fatal proyecto. Pero obstinado tanto como vano, no escuchó sus sábios consejos, y se alejaron de su presencia con el corazón despedazado de dolor, previendo todas las desgracias que debían sobrevenir.

XVII.

El Mazenderan estaba en el centro del país de los gigantes. Su gefe, llamado el divo blanco, habitaba las montañas, y bajaba á los llanos cuando el rey reclamaba su auxilio. Su gigantesca estatura y su fuerza prodigiosa inspiraban terror á sus enemigos y una ciega confianza á los soldados del Mazenderan. Kaus sufre una derrota completa; es hecho prisionero con sus principales gefes, y arrojado en un calabozo. El gigante los castigó con la ceguera, y dijo al rey del Mazenderan: «No he querido matar al rey Kaus, para que le haga prudente la adversidad, y que su ejemplo sirva de escarmiento en adelante á cualquier soberano que quiera atacar al Mazenderan.»

Kaus encuentra medio de enviar un mensajero, «pronto como el pájaro que vuela con toda la celeridad posible» á Zal-zer, gefe respetado de los persas, para darle parte de sus desgracias, y acusarse de haberlas merecido despreciando sus consejos. El prudente Zal no comunica á nadie la noticia del desastre del ejército y el cautiverio del rey, á fin de no escitar sublevaciones en las provincias tributarias; porque sabía cuanto habia sufrido con esta guerra temeraria la autoridad de Kaus, y tambien para no poner en guardia al enemigo. Concierta solamente con Rustam el medio de ir secretamente al Mazenderan á libertar al rey. Este viage peligroso y las aventuras maravillosas de su caballo forman una parte muy popular de las hazañas del héroe, algo análogo todo ello á los trabajos de Hércules entre los griegos. Tal es la leyenda que vamos á narrar.

SEGUNDA PARTE.

I.

Rustam parte solo para libertar al rey Kaus, prisionero en el Mazenderan; viaja de dia y de noche, tomando el camino mas peligroso, el menos frecuentado, pero el mas corto. Llega á una pradera en donde pastaban dos asnos silvestres: mata uno de ellos, y lo asa en una hoguera, porque tenia hambre. Quita la brida á Raksch, y se acomoda para dormir al lado de un cañaveral. En medio de la noche, un leon del desierto divisa un hombre acostado y un caballo que vagaba libremente; lánzase desde luego sobre el caballo, pero éste, pronto como el rayo, se alza, pega con las manos en la cabeza del leon, y con sus agudos dientes le coge por la nuca. Despues de un terrible combate, mata Raksch al leon. Rustam, que habia despertado al ruido, acaricia á su caballo y le dice: «Oh imprudente animal, si hubieses tú caído en sus garras, ¿cómo hubiera yo desempañado mi comisión?» Y despues dirigió sus plegarias á Dios que dispensa las gracias todas.

Presentábase delante de Rustam un camino bastante trabajoso; era un desierto sin agua, y de un calor tan ardiente, que las aves caían muertas en la arena abrasadora: hubiérase dicho que el fuego acababa de pasar por él. El caballo y el caballero iban jadeando. Rustam se apea, permanece como mareado; y no encontrando medio alguno de resistir al calor y á la sed, cayó en tierra, alzó los ojos al cielo, y dijo: «Oh Dios, si te agradan mis sufrimientos, llena de ellos está para mí la medida en este mundo; pero todavía arrostró mi existencia, y espero que te servirás de mi brazo para prestar auxilio al rey Kaus.»

En este momento acertó á pasar por allí un carnero, y al verle, dijo en su corazón: «¿En dónde está, pues, ese sitio que calmará mi sed? Ciertamente es Dios quien me protege.» Y siguiendo al carnero con la vista, descubrió un manantial de agua pura y cristalina. «Quando una situación es angustiosa, dice el poeta, no hay que buscar refugio sino en Dios, porque el que se aparta de Dios, que es el único dispensador de las misericordias, está desprovisto de razón.» Despues de la acción de gracias, quitó la silla á Raksch, le lavó, le puso brillante como el sol, bañóse en seguida y despues se acostó.

Interin dormía, se acercó un tigre del desierto; Raksch corre hácia el héroe, golpea la tierra con sus cascos y sacude la cola. Despiértase Rustam, mira en derredor suyo; pero el ti-

gre había desaparecido, reprende á Raksch por haberle despertado, y se vuelve á acostar. El tigre sale nuevamente de su guarida, y Raksch hace resonar el suelo con sus manotadas. Despiértase Rustam encolerizado, apostrofa á su caballo, y no viendo nada en la oscuridad de la noche, se duerme por segunda vez.

El tigre avanza de nuevo, y Raksch echa á huir, porque tenía miedo al tigre y á Rustam; pero su amor por su amo le hace volver al momento al lado suyo: torna rápido como el viento, relinchando y aceando la tierra con su casco de bronce. Por esta vez el monstruo se arroja sobre Rustam; pero cuando Raksch ve al tigre que atacaba á su amo, agacha las orejas y se pone á despedazar con los dientes el lomo del animal que se vuelve al punto hácia él. Rustam se aprovecha de este momento para atacar al tigre con su espada, y le separa del cuerpo la cabeza.

II.

Al día siguiente entra Rustam en el país dominado por los mágicos; divisa debajo de los árboles una comida preparada al lado de una fuente, y una lira tendida en tierra. Lleno de asombro, toma la lira, y arranca de ella algunos sonidos que hieren los oídos de una joven y bella mágica, la cual se le acerca y se sienta al lado suyo. No sabiendo Rustam qué pensar de esta aparición, dirige á Dios una plegaria, invoca su protección, y presenta á la bella joven una copa de vino; pero en el momento que pronuncia el nombre de Dios, las facciones de la maga se descomponen, y desaparece por la floresta. Después de haber dado gracias al Todopoderoso por haber escapado de este peligro, emprende nuevamente el camino y anda de día y de noche.

Llega por fin á un hermoso país esmaltado de verdura y de flores, y procura descansar. La tierra estaba cubierta de ricas mieses; mas como Raksch estaba pastando libremente, los guardas de los campos se arrojaron sobre él para echarle un lazo; pero fué empresa vana, porque Raksch dió un salto hácia su amo, el cual se despertó al punto y vengó su injuria. Los guardas huyeron y fueron á contar al poderoso Aulad, gobernador del país, que un héroe extranjero assolaba sus mieses y maltrataba á sus siervos.

Parte Aulad con su comitiva y unos cuantos valientes, y cae sobre Rustam; pero éste se había acomodado en la silla, y sacado de la vaina su espada indiana. «Adelántase como una nube de donde sale el rayo;» ataca á los primeros que quieren estorbarle el paso, y hace rodar sus cabezas por el polvo, en tanto que los demás echan á huir. Desenrolla Rustam se

senta veces su largo lazo del brazo en que le traía, y lo arroja sobre el caudillo Aulad. Alcánzale por la cabeza, le saca del arzon y le tira á tierra, pero no le mata, porque quiere aprovecharse de sus conocimientos acerca del país, y le dice que, si quiere servirle de guía fiel en la empresa que debe acometer, le pondrá en la cabeza la corona del Mazenderan; pero que á la primera señal de traición ó cobardía, le atravesará con su espada el corazón.

III.

Dichoso Aulad por salvar su vida, y penetrado de respeto por Rustam y por los altos hechos de que ha sido testigo, promete conducirlo á la prisión en que están encerrados el rey Kaus y los persas, y dirigirle á la morada del gigante llamado el *Divo blanco*, pero al mismo tiempo procura disuadirle de esta arriesgada empresa con la relación de los peligros que va á correr. Rustam se apresura cada vez más, no queriendo dar tiempo á que llegue al Mazenderan el rumor de sus hazañas antes de conseguir su objeto, que era la libertad del rey. Suelta del lazo á Aulad, le hace correr delante de él, y le sigue alegremente noche y día, sin descansar, al través de los montes y llanuras.

Después de un largo camino, oye el ruido de unos timbales y de una música guerrera; distingue claramente las luces que iluminan la oscuridad: es el Mazenderan. Los magos guardan la ciudad y pasan en festines la noche. Rustam cae de improviso sobre la guardia, mata al gefe y penetra en la ciudad. De tal manera relincha su caballo Raksch, que desde el fondo de su prisión esclama el rey Kaus: «Mis desgracias han terminado; solo el caballo de Rustam puede arrojar un grito semejante.» Los gefes que participaban de su cautiverio se miran, diciendo: «El rey ha perdido el espíritu; la desgracia ha estraviado su razón.» Pero en el mismo instante Rustam, ayudado de Aulad, penetra en el encierro. Kaus le estrecha contra su pecho, y todos dan gracias á Dios que les ha enviado un libertador.

Pero Rustam sabe que aun no está concluida su tarea; que interin viva el gefe de los gigantes, no había medio alguno de sustraer á los prisioneros de su poder y de hacerlos salir del país; y no tarda un momento, ni aun para participar de su alegría. Recomiéndales la prudencia, y vuelve á marchar con su guía Aulad para la montaña de los Gigantes.

Cuando ve de lejos la boca de la caverna, morada del *Divo blanco*; guardada por un ejército numeroso, se detiene y consulta á Aulad. Este, espantado de la temeridad de Rustam, le dice, que aun cuando fuese de hier-

ro, no resistiría. Rustam no estaba de humor de dejarse apartar de su empresa; le responde que únicamente le consulta para saber la hora más conveniente para el ataque. Aulad le dice: «Al medio día, cuando el sol está en toda su fuerza, el gigante duerme en el fondo de su caverna, y todos sus súbditos se acuestan á la entrada. Si Dios presta á Rustam una fuerza sobrenatural, entonces solo podrá intentar una sorpresa.» Rustam recibe este consejo con alegría, y se quita las armas para tomar algún descanso, esperando la hora fatal.

Cuando el sol cierra el cáliz de las flores, y los insectos zambadores ensordecen la tierra, se levanta Rustam, embraza su escudo, se cubre con su casco, y empuña la espada del combate: ata á Aulad al tronco de un árbol, y se adelanta solo hácia la caverna. Llegado que hubo á la embocadura, arroja un grito parecido al trueno, y hace volar las cabezas de los dormidos centinelas. Los que se libran echan á huir.

Penetra Rustam en el interior de la roca. Durante algunos instantes no distingue nada, pues tan sombría y profunda es la caverna: luego que sus ojos se fueron acostumbrando á la oscuridad, distinguió una masa enorme como una roca tendida en tierra. El gigante tenía una cabellera como la melena de un león; su altura y anchura llenaban el espacio. Entonces principió un horrible combate, jamás había corrido Rustam peligros tan grandes. El mismo gigante no había encontrado nunca un adversario tan temible. Evita Rustam una enorme roca lanzada para aplastarle, y da al gigante una cuchillada tan furiosa, que le corta una pierna. La lucha desesperada duró largo tiempo: la tierra estaba inundada de sudor y de sangre. «Pero Dios dió fuerza y audacia á Rustam, que venció á su enemigo, y le abrió el costado para arrancarle el corazón, porque algunas gotas de esta sangre, vertidas en los ojos del rey y de sus compañeros de cautiverio, debían devolverles la vista (1).» Todo el ejército del Divo echó á huir, al ver á su gefe vencido y muerto.

Rustam desata á Aulad, y vuelve accleradamente á Kaus para acabar de ponerle en seguridad, igualmente que á los suyos. Después de haberle devuelto la vista, reviste á Kaus de sus régios ornamentos, á fin de que no entrase en su país bajo el aspecto humillante de un cautivo libertado de sus cadenas, sino como un rey que torna á sus estados.

Escribe Kaus al rey del Mazenderan una carta prudente y sabia, empeñándole á que se someta y le tribute homenaje, y diciéndole que solo había querido destruir á los magos que no creían en Dios. La carta fué enviada por un mensajero activo é inteligente. Cuando éste llegó á la presencia del rey, hizo perfumar la

carta con musgo y ámbar, y llamó á un sabio para que se la leyera. Pero la venganza estaba en el corazón del rey; no escuchó consejo ninguno, y respondió. «Tengo en mi corte mil veces mil guerreros; tengo doscientos elefantes que jamás habeis visto otros que les igualen. Acaudillaré contra ti un ejército formidable, y levantaré el polvo de la destrucción.» Cuando el mensajero comunicó á Kaus estas palabras de guerra, Rustam decidió al rey á que le enviase á él mismo con un mensaje nuevo. El escriba tajó su pluma de caña como la punta de una flecha, y escribió las palabras que el rey le dictó: «Lo que has escrito son palabras vanas que no convienen á un hombre de sentidos; despójate de esa arrogancia, y ven según te ordeno, pues si no, cubriré con mis ejércitos el espacio entre uno y otro mar, y los buitres harán de ti su presa.» Sellado que hubo el rey su carta, la entregó á Rustam, quien partió como un simple conductor.

Cuando llegó delante del ejército del Mazenderan, para conservar á la vez un carácter de mensajero de paz, y al mismo tiempo inspirar respeto por su fuerza prodigiosa á los que salían á su encuentro con rostros dudosos ó malévolos, cogió un árbol de mucho ramaje que estaba en el camino, lo desarraigó con la sola fuerza de su puño, y lo tomó en la mano cual si fuese un dardo, con grande admiración de los gefes del ejército enemigo; después lo arrojó á un lado con desprecio, y la caída de sus ramas aplastó á varios ginetes. Uno de los grandes del Mazenderan, famoso por su fuerza, se adelanta para tomar la mano de Rustam en señal de amistad, pero en realidad con la intención de estrecharla, y espera hacer doblar la rodilla al mensajero. Rustam se sonríe, y estrechando á su vez la mano del caballero, le hace palidecer y caer del caballo sin conocimiento. Admirado el rey de cuanto oía contar de este enviado de Kaus, le hizo conducir á su presencia, y le ofreció magníficos regalos; pero Rustam no quiso aceptar ninguno, y viendo que el rey se irritaba con la carta de Kaus, y que no se inclinaba á la paz, volvió cerca del rey, con la cabeza llena del deseo de la venganza.

Durante siete días hubo un combate encarnizado entre los dos ejércitos. Rustam triunfa por último; mata al rey del Mazenderan, y todas sus riquezas se reúnen y amontonan delante de Kaus, quien las distribuye á todo su ejército, según los méritos de cada uno; después manda que se hagan rogativas durante siete días, en acción de gracias de las siete victorias. El día octavo hizo venir á todos los menesterosos del país, y les dió muchas limosnas. Colocó á Aulad en el trono, para cumplir la promesa de Rustam, y se volvió á su capital con todo su ejército.

Prepara Kaus un regalo digno de Rustam: un trono adornado de turquesas y de cabezas de arietes de oro, una corona real enriquecida

(1) Nótese analogía parcial y lejana de esta tradición Persa con la historia de Tobías.

de pedrerías, un almohadon de brocado, un brazalete, una cadena de oro, cien esclavas ricamente vestidas, cien hombres armados y cien caballos con jaeces de oro y plata, cien mulos negros, cien bolsas de monedas de oro, copas de rubies y turquesas llenas de perfumes, en fin, un título de investidura de Nimruz y de todos los reinos del Mediodía. Rustam, colmado de honores, volvió cerca de Zalzer, su padre.

IV.

Pero el genio inquieto de Kaus no estuvo en reposo por mucho tiempo. Puso guerra al rey del *Hamaveran*, alcanzando al principio muchos triunfos contra él; mas éste tendió un lazo. Inspiró al débil Kaus un amor violento hacia su hija *Sudabea*. Kaus consintió en casarse con ella y en proclamarla reina sobre sus demas mugeres, aunque la primera le hubiese dado un hijo llamado *Sotawusché*, confiado á Rustam para su educacion.

Después que el rey de Hamaveran atrajo á su palacio á Kaus y á sus guerreros, los prendió y los encerró en una fortaleza. Los persas suplicaron esta vez, como siempre á Zalzer y á Rustam, que acudiesen en su auxilio. «El corazon de Rustam ávido de combates, se agitó como la llama.» Se puso al frente del ejército de los persas para libertar segunda vez á Kaus.

El camino por tierra era largo: Rustam se embarcó en bageles y llegó por mar.

«Cuando su ejército desembarcó y estuvo en tierra firme, no se vieron ya montañas ni llanuras. Hubiérase dicho que la tierra no era ya mas que armaduras y corazas, y que las estrellas tomaban su luz de las puntas de las lanzas. Habia tantos cascos de oro, escudos de oro, y hachas de armas brillantes apoyadas en los hombros de los valientes, que se hubiera dicho que la tierra era de oro fluido. El sonido de las trompetas hendia las rocas, el suelo se hundia bajo los pies de los caballos; los tambores, los clarines y timbales resonaban de uno en otro campo. Los adalides salen de las filas, sueltan las riendas sobre las crines de los caballos, mojan en hiel las puntas de sus lanzas, y bajando la cabeza hacia el arzon de las sillas, arrojan el grito de guerra. Fué el combate de tal naturaleza, que se hubiera dicho que llovía bermellon sobre la tierra negra.»

El terror se apoderó de los turanios al aspecto de este ejército inesperado, y mas que todo al ver á Rustam «de cuerpo de elefante.» Habian llamado en su ayuda á los berberes y á los caballeros de Egipto, y Rustam tuvo á la vez tres ejércitos que combatir. Triunfó completamente: los auxiliares se sometieron y fueron á engrosar el ejército persa. El rey fué libertado, y acompañado de Sudabea volvió á entrar en su reino.

V.

Durante la paz, el rey Kaus devolvió el esplendor á su trono, y emprendió magníficas construcciones sobre el monte Alborz, para obligar al trabajo á los gigantes conquistados, á fin de quitarles los medios de hacer mal, y tambien para aprovecharse de su ciencia, porque pasaban por sabedores de todos los secretos de la naturaleza. Kaus les hizo edificar un palacio de cristal incrustado de esmeraldas, para lugar de fiestas y festines. Hizo cavar en la roca, para los caballos y los dromedarios, caballerizas sostenidas por pilares de piedra dura y barras de acero. En seguida hizo construir un edificio con una cúpula de ónice, y colocó en él á un célebre mago, á fin de que la ciencia no se perdiese nunca en este lugar. En fin, levantó para su residencia real un palacio construido con bárrotes de plata y oro incrustados de turquesas y rubies. Jardines deliciosos rodeaban este palacio. El clima era tan suave en aquel parage, que una perpétua primavera hacia florecer en él las rosas en todas las estaciones.

VI.

Pero Ariman, gefe de los divos, quiso perder á Kaus para libertar á los suyos de su dura dominacion. Bajo disfraces diferentes se acercó al rey; alizó su vanidad, y le persuadió que, para ser superior á todos los monarcas de la tierra, era necesario elevarse al cielo y dominar á su antojo sobre todos los mortales. Kaus no durmió de noche ni de dia, interin estaba dominado de esta idea. «¿Cómo volar sin alas?» — «Ignoraba, (dice el poeta), que nadie tiene poder para remontarse al cielo? Dios no necesita del mundo, Dios es uno, y todas las criaturas son impotentes contra sus órdenes. El cielo y la tierra, oh hombre, se han creado para tí; pero es superior á tu vuelo.»

El insensato Kaus reunió á los mágicos; Ariman habia triunfado de su débil espíritu. Inventaron levantar en el aire al rey Kaus por medio de cuatro aguilucho criados en un sitio oscuro, encadenados despues al trono sobre el cual estaria el rey sentado. Los aguilucho al ver el cielo abierto se elevaron, en efecto, como flechas sobre las cumbres de las montañas mas altas; pero cansados de su vuelo impetuoso y de su pesada carga, se precipitaron sobre una roca, dejando á Kaus herido y destrozado de su caída.

Rustam y los grandes se dirigieron á buscar al rey, á quien despues de varias investigaciones hallaron tendido en tierra y casi exán-

me. Le llenan de reconvenciones, le recuerdan todas las faltas de su pasada vida, sus guerras injustas, y este último rasgo de sublevacion contra Dios mismo, que le coronaba de oprobio. Kaus devora su vergüenza y se humilla. De vuelta á su palacio, permanece cuarenta dias delante de Dios, demandando gracia y perdón antes de volver á sentarse en su trono.

Esta aventura de Kaus no es evidentemente mas que uno de los *simbolo* que Firdusi ha anunciado. Es como la fábula de Icaro, la alegoría de la demencia del orgullo castigado.

VII.

Paso por alto muchos grandes hechos de armas de Rustam para llegar á la parte mas interesante de su historia. Firdusi principia de esta manera:

«Escucha ahora una narracion llena de lágrimas. Si un viento frio viene del espacio y hace caer un fruto antes de su madurez, ¿le llamaremos justo ó injusto? Si la muerte es una necesidad, ¿qué injusticia hay en ella? Tu espíritu no puede penetrar en este misterio, ni levantar este velo. Todos llegan delante de esta puerta voraz que no vuelve á abrirse para nadie. Pero si es cierto que al morir encuentras una morada mejor, entonces los valientes y los jóvenes deben bendecir la muerte en su corazon... Si el fuego quema cuando se enciende, ¿es cosa esta que admire? El aliento de la muerte es como el fuego devorador: ni perdona á la juventud ni á la vejez. La vejez y la juventud son cosas iguales cuando han llegado al término prefijado para cada uno. Entrégate á la adoracion y á la plegaria; prepárate para el último dia, y no tendrás que quejarte de lo que Dios te haga.»

VIII.

Un dia que Rustam iba de caza, se entró en un pais enemigo; pero el rey de *Semengan*, lejos de ponerse en guerra con Rustam, lo atrajo á sí y le colmó de honores. Rustam ve á la hija del rey, y se enamora de ella. Se casa, pero no atreviéndose á declarar su union con una joven de raza enemiga, la deja con su padre y le da grandes tesoros, entre otros, un brazalete adornado de un ónice inestimable que ella debia poner en el brazo del hijo primero que le naciese.

Afogado sumamente Rustam por abandonar á su joven esposa, vuelve á su pais. Al cabo de nueve meses *Theminea* da á luz un hijo hermoso como el sol y parecido á Rustam. The-

minea se dice á sí misma: «Si Rustam sabe que le ha nacido un hijo, vendrá á arrebatármele de mis brazos, y me privará para siempre de la luz de mis ojos.» Hace marchar un mensajero para el Zabulistan, diciendo que ha dado á luz una hija, la cual será criada como la hija de un rey. Rustam despacha al mensajero con grandes regalos para la madre; pero creyendo no tener hijo, ya no piensa tanto en aquella criatura. Las hijas en los harenes de Oriente son poco mas que las esclavas. Solo casándose adquieren alguna importancia, como prenda de alianza de una corte con otra.

IX.

Pasan quince años: *Sorhab*, hijo de Rustam, llega á ser un coloso de fuerza, un leon de valor, y ademas es su alma tierna y generosa. Dice á su madre que conoce demasiado no es de la raza de Semengan, y que se siente superior á toda su familia. Exige que su madre le revele su origen. Cuando sabe que es hijo de Rustam se alza altivo y venturoso, y desde este momento ya no piensa sino en guerras y en conquistas. Quiere poner la corona de Persia y del Turan reunidas en la cabeza de Rustam y de Theminea. Su madre tiembla que el ardor de su juventud, no se vanaglorie de su origen, y que el tirano Afrasiab, rey de Turan, no lo haga perecer en odio de Rustam; pero Afrasiab creyéndole entonces hijo de su aliado el rey de Semengan, pone en él toda su esperanza de vencer á los persas. Le dá la investidura de un mando importante, á pesar de su estremada juventud, y le envia con un fuerte ejército á la frontera de Persia.

Las fronteras estaban defendidas por una fortaleza que domina el terreno. Sorhab combate al castellano Hedgir, y le arroja del caballo. Hedgir pide la gracia de la vida, y Sorhab tan generoso como valiente se la deja.

El gobernador tenia una hija llamada *Gurdaferid*; educada en medio de los guerreros, se habia formado en los combates, y acompaña siempre á su padre en la guerra. Desde lo alto de las murallas de la fortaleza ve caer á Hedgir. Sin vacilar se cubre con su armadura, oculta sus trenzas dentro del casco, cierra su cota de mallas, salta sobre su caballo de batalla, y se presenta como guerrero delante de Sorhab el vencedor. Templa su arco y hacellover una rociada de dardos sobre Sorhab, y, cuando se acerca éste para combatirla, le recibe firmemente con la punta de su lanza.

Quando ve Sorhab que tiene delante de sí un enemigo temible, le anima la cólera, echa atras su brazo, y con la punta de su lanza toca sus costados; ataca á Gurdaferid en la cintura, y traspasa su cota de mallas. Saca ella su ta-

jante espada, corta la lanza en dos pedazos y vuelve la cabeza de su caballo como para huir. Sorhab la persigue y le derriba el casco. Sueltos entonces sus cabellos, caen por sus megitas, y animado su rostro por la lucha escita la admiración del joven guerrero.

Cuando Gurdaferid ve que está en poder de Sorhab: procura seducirle, y le habla de paz y de alianza. «Sus ojos eran como los de la gacela, y se hubiera dicho que bajo el arco de sus cejas se ensanchaba el cielo.» Ella ve que Sorhab está deslumbrado de su belleza, y principia á burlarse, diciendo: «El ejército entero se va á reír de tí cuando sepa que has cubierto este campo de polvo para pelear con una muger. No te espongas á avergonzarte, oculta esta aventura. Ahora te pertenece la fortaleza; permíteme entrar en ella, y mañana vendrás á tomar entera posesión.»

Subyugado Sorhab por la hermosura deja escapar su presa, y pierde la ocasión de una victoria segura. Gurdaferid se arrastra herida y desarmada hasta el castillo; pero apenas ha cerrado ella las puertas, cuando se burla de su vencedor desde lo alto de las murallas. Sorhab, que había querido realmente hacerla su muger, al ver que se ríe de él, y que no le ha propuesto paz y alianza sino para quitarle su victoria, le responde que se arrepentirá de sus ligeras palabras, y vuelve irritado al campo, á preparar el ataque para el amanecer.

Pero durante la noche, la bella Guardaférid recoge sus tesoros, sus alhajas y sus criados, y se huye por un tránsito subterráneo. Al apuntar el alba, adelanta Sorhab con su ejército para tomar posesión del castillo; y lo encuentra vacío. Humillado de haberse dejado burlar, se venga asolando todo el país.

X.

Al saber Kaus la invasión de las tropas de Afrasiab y la hazaña del joven héroe que está á la cabeza del ejército, envía á un gefe de la familia real, llamado *Guivo el Valiente*, cerca de Rustam, de quien era yerno. Rustam, tan ardiente en el combate, tan pronto en la venganza, permanece esta vez frío al llamamiento de Kaus; repúgnale sin saber por qué tomar parte en esta guerra; da funciones á *Guivo*, y retarda por nueve días el momento de su fatal decisión. En fin, el sentimiento del deber triunfa de su repugnancia, y se pone en marcha con *Guivo*. Kaus, impaciente, imperioso é irascible, le recibe con cólera, le echa en cara su lentitud, y aun lleva su arrebató hasta amenazarle de muerte. Espantados los cortesanos, quieren quitar á Rustam de la presencia del rey; pero Rustam, indignado del ultraje, apostrofa al rey, le recuerda sus faltas y sus locuras, así

como los servicios que le ha hecho. «Sin él ¿dónde estaría Kaus? ¿Quién es él para atreverse á hablar de poner la mano sobre Rustam? Después, encendido de cólera, monta á caballo para volverse á Zabulistan, jurando no volver á ver jamás al rey.»

Consternados los gefes se reunen y dicen: «El rey no tiene freno ninguno. Rustam es el héroe del mundo; á él le debe Kaus la vida; jamás hubo para los desgraciados un salvador como él. Cuando los gigantes del Mazenderan cargaron al rey y á los grandes de pesadas cadenas, ¡qué de peligros no arrojó Rustam para libertarlos! El ha vencido al gefe de los gigantes, ha repuesto á Kaus sobre su trono, y le ha saludado como rey; y cuando por segunda vez ha sido Kaus aprisionado en el Hameveran, Rustam ha combatido á tres reyes y á tres ejércitos por socorrerle. Jamás ha vuelto las espaldas á los enemigos del rey; aun ha vuelto á colocar á Kaus en el trono, y, lejos de vanagloriarse de sus hazañas, se ha prosternado delante de él en la alegría de su alma. Si la muerte debe ser su recompensa, no nos resta mas que huir: sin Rustam seremos todos perdidos.—¿Cómo calmar al rey? y ¿cómo hacer volver á Rustam, tan justamente ofendido?»

Gurdez, anciano lleno de prudencia y sabiduría, honrado de todos, se empeña en arrostrar la cólera de Kaus, y hacerle entrar en sí mismo. Avergonzado el rey de lo que había pasado, encarga á *Gurdez* que le reconcilie con Rustam. Este no se aplaca; pero *Gurdez* le hace notar que, si rehúsa la guerra, podrá creerse que la aparición de este joven héroe le hace retroceder. A esta palabra se estremece Rustam de rabia y consiente en unirse al ejército: Kaus al verle desde lejos, le sale al encuentro, y le dice: «Mi carácter y mi naturaleza son duros; pero cuando te has sentido ofendido, ha entrado en mí el arrepentimiento.» Rustam, con un aire fiero, se inclina y dice: «He venido para ejecutar tus órdenes: deseo que la ventura y el poder te permanezcan fieles!» Volviéndose el rey hácia los grandes, les dice: «Vamos, celebremos la alegre fiesta, y mañana partiremos para la guerra.»

XI.

Avanza el ejército hasta la fortaleza ocupada por los turanos. Sorhab procura descubrir á Rustam. Sube á las murallas, conduciendo á su prisionero Hedgir, y le promete la libertad si quiere indicarle la tienda de Rustam. Pero Hedgir, temiendo que Sorhab busque á Rustam para medir su acero con él, engaña al joven príncipe, y le asegura que Rustam no ha llegado todavía del Zabulistan. Dos gefes turanos que acompañan á Sorhab confirman la mentira; habían sido apostados por Afrasiab para evitar

toda entrevista antes del combate entre los héroes, cuyo parentesco principiaba á sospechar; espera destruirlos el uno por el otro, y quiere á toda costa evitar un reconocimiento.

La repugnancia de Rustam á combatir, tan contraria á su naturaleza, le trae preocupado; admírase de ello y rehúsa entrar en lid el primer día, pero en la impaciencia de Sorhab de manifestarse digno de su sangre antes de la llegada de Rustam, manda á desafiar al mismo rey. Intimidado Kaus, no quiere arriesgar un combate singular. Pretesta que no conviene á su edad medirse con un joven imberbe, y llama á Rustam para que ocupe su puesto. Estrechado de esta manera entre su deber y su repugnancia, Rustam se encomienda á Dios, y se encamina al centro del campo de batalla.

Ambos campeones se miden con la vista; son de una misma estatura, de igual valor; pero el uno tiene la prudencia de la edad madura, y el otro el ímpetu de la juventud. Rustam, apostrofa á su adversario sobre su inesperienza, y le empeña á que no se mida con él, que es un gefe aguerrido en mil combates. Sorhab dice únicamente: «¿Sois vos Rustam?» Rustam responde: «No soy mas que su servidor.» Entonces Sorhab cae sobre él y se empeña un sangriento combate; pelean con lanza, con arco, con espada y con maza. Son de igual fuerza, ninguno lleva ventaja al otro; la noche los separa, y prometen principiar nuevamente la lucha al amanecer.

Entra Rustam en su tienda; llama á su hermano y le dice: «Este joven guerrero es tan fuerte como yo, y tiene además soltura y agilidad; nadie puede prever cual será el resultado del combate mañana. Tú sabes que tengo mi vida en nada; pero preveo que ese joven será el conquistador de Persia, y que nada le resistirá. Si sucumbo, empeña al rey á que evite su derrota por una pronta paz, la única que puede salvar su corona.» Dicho esto, toma algún descanso para prepararse á la próxima pelea.

Sorhab, por su parte, vuelve á la fortaleza entregado á sus reflexiones; llama á *Human* el turano, y le dice: «No hubiera creído que hubiese entre los persas un campeón semejante al que ha combatido conmigo, á no ser Rustam; á su aspecto me siento conmovido el corazón; dime la verdad, no me engañes.» Pero *Human*, inspirado por Afrasiab, sostiene que este héroe no es Rustam. Sorhab se retira contristado, pero ávido de venganza. Por la noche, cuando todo está tranquilo, se arroja de improviso sobre el campo de los persas, y ejecuta una gran carnicería; después entra en la fortaleza impaciente de esperar la aurora.

Cuando entramos héroes se encuentran al alba, Sorhab se siente mas que nunca inclinado hácia Rustam; dirigele palabras de paz: «Arroja esa maza y esa espada; sentémonos, hagamos un tratado invocando á Dios, y arrepintámonos de esta enemistad. Mi corazón te en-

municará su amor, y haré correr de tus ojos lágrimas de vergüenza.» Pero Rustam responde tristemente: «Jóven, me he ceñido para la lucha; haremos lo mejor que podamos, y saldrá de ella lo que haya querido y ordenado el dueño del mundo.» Sorhab dice: «Mi consejo no te llega al corazón; había deseado que tu alma no abandonase su cuerpo sino sobre tu lecho y cuando su tiempo hubiese llegado; pero puesto que me entregas tu vida, dispóngámonos á ejecutar los designios de Dios.»

Vuelve el combate á principiar. Habiendo ensayado en vano todas sus armas, bajan de los caballos y pelean cuerpo á cuerpo. La preocupación de Rustam le priva de parte de sus fuerzas; es derribado por Sorhab, que saca la espada para cortarle la cabeza. Rustam le grita que las leyes del campo cerrado exigen que el campeón tenga el derecho de levantarse de su caída primera. Sorhab suspende el golpe, y el combate se renueva. Rustam siente despertarse la cólera al sentimiento de su derrota: esta vez se vengará. La cólera le devuelve las fuerzas; arroja en tierra á su contrario, y después lo levanta con cortesía. En adelante ya no puede haber entre ellos mas que una guerra á muerte.

Toman algunos instantes de reposo antes de la lucha suprema. Rustam invoca el poder de Dios. Había hecho el sacrificio de su vida; pero la idea de su país subyugado y puesto bajo el poder de Afrasiab el idólatra, le hace desear el triunfo.

Atácanse el uno al otro, y su desgracia principia á verificarse. Rustam, con una nueva fuerza, y determinado á vencer, acomete á su joven adversario con sobrada ventaja. La suerte se declara por él, y, después de una encarnizada lucha, hunde Rustam su espada en el pecho de Sorhab. Este cae, y lanzando un largo suspiro, dice:

«El cielo me castiga por haber hecho la guerra á la patria de mi padre. ¡Ay de mí para buscarle vine á Persia; pero cualquiera que seais, oh indomable guerrero, ni la tierra ni la mar os podrán sustraer á la venganza de mi padre Rustam.» Rustam á estas palabras, como herido del rayo, cae sin sentido al lado de Sorhab.

Los gefes persas, puestos los ojos de lejos sobre las diferentes fases de este combate del que depende la paz ó la destrucción, acuden al ver en tierra á los dos campeones. Vuelven á la vida á Rustam, y Sorhab les hace señas para que desaten su cota de mallas. Rustam estalló en una furiosa desesperación al reconocer el brazalete remitido á *Theminea*, y se acusa con imprecaciones de ser el asesino de su hijo. El dulce Sorhab, reconociendo á su padre, se esfuerza en calmarle, deplorando la suerte que no los ha reunido sino para separarlos. Se abrazan con desesperación. Sorhab le pide que haga la paz y no inquiete á los turanos en su retirada. «Yo soy quien los he guiado locamente á la guerra para encontrar á mi padre. ¡Yo preguntaba por él á cuantos me rodeaban; to-